

Domingo 17º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 13,44-52

Explicando a la multitud que le escuchaba cómo es el reino de Dios, Jesús acude con frecuencia a la narración de parábolas. Es curiosa esta costumbre de Jesús de hablar de Dios contando hechos de vida ordinaria: un Dios, cuyo comportamiento puede ser ilustrado mediante episodios cotidianos y sencillos relatos, no tiene que ser un Dios ajeno a nuestra vida ni distante de sus problemas. Jesús enseña a mirar el mundo a diario y ver a Dios. Es lo primero que Jesús quería inculcar en sus oyentes: encontrarse con Dios no es una experiencia muy diferente, por ejemplo, de la que experimenta quien descubre, un buen día, el mayor tesoro; de la misma forma como reaccionaríamos si nos topáramos con algo realmente valioso, tendríamos que reaccionar cuando nos encontremos con Dios. ¿O es que Dios no es nuestro mayor tesoro?

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:

⁴⁴«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría ' va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

⁴⁵El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, ⁴⁶al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

⁴⁷El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces:

⁴⁸cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran.

⁴⁹Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos

⁵⁰y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.

⁵¹¿Entendéis bien todo esto?»

Ellos le contestaron:

«Sí.»

⁵²Él les dijo:

«Ya veis, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Ya que “nada decía a la gente sin utilizar parábolas” (13,34), Jesús concluye el discurso sobre el reino de Dios con tres breves parábolas. Las dos primeras explican naturaleza escondida del reino, su no apariencia, y la irresistible atracción que despierta en quien lo descubre. El acento está en la reacción de quien encuentra el tesoro o ha buscado con afán la perla. Jesús quiere confirmar a sus oyentes que el reino de Dios no está al alcance de todos, pero que ya todos pueden encontrarlo, pues está, como el tesoro o la piedra preciosa, esperando ser desvelado. Y da un criterio para discernir su invención: quien sabe dónde está, está dispuesto a entregar todo a cambio; quien lo encuentra puede desprenderse de todo cuanto tiene, con tal de o tenerlo: la renuncia más radical se impone, si es el precio necesario para hacerse con el reino. Quien no tenga esa capacidad, desconoce el paradero de Dios; si no se siente obligado a liberarse de todas las posesiones, todavía no se ha topado uno con el tesoro que anhela y necesita. La pregunta que Jesús dirige a sus discípulos sigue siendo actual: el gozo de quien pierde todo es posible sólo a quien conoce donde ganar el reino de Dios. Dios no impone la renuncia como meta, pero la presupone como garantía: si El no nos merece cualquier renuncia, la renuncia a cualesquiera bienes, es que no lo tenemos aún como Bien.

La tercera y última parábola, la de la red, cambia profundamente la perspectiva del discurso de Jesús: de la exhortación a optar por Dios, cueste lo que cueste, una vez reconocida la presencia de su reino, se pasa a recordar la cita por venir, en la que habrá que dar cuenta de la propia vida. Quien no haya sido capaz de renunciar a todo para quedarse con Dios, se quedará sin nada al final de los tiempos. No optar por Dios, a cualquier precio, no nos hace buenos ni nos salvará del “horno encendido”. Quien demora decidirse por Dios y su reino, no retrasará la decisión de Dios sobre él: mientras tanto, hay aún otra oportunidad. Al menos, avisados estamos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

La astucia del afortunado que se encuentra con riquezas escondidas y vende todo lo que tiene hasta alcanzarlas, o el inmediato desprendimiento del comerciante de perlas finas, son las reacciones lógicas que todos nosotros hubiéramos tenido, caso de toparnos, como ellos, con un verdadero tesoro. ¿Quién de nosotros no hubiera protegido los bienes descubiertos, enterrándolos de nuevo, hasta que pudiéramos volver y hacernos dueños, aunque fuera a costa de perder todo lo que poseyéramos? ¿Quién no sería capaz de enajenar todos sus bienes con tal de hacerse con la perla de su vida?

Si semejante comportamiento no nos parece extraordinario, si comprendemos que se puede uno arriesgar a perder cuanto tiene por ganar lo que todavía no es suyo, entonces, nos pregunta Jesús hoy, como un día lo hizo a la gente con sus parábolas, ¿por qué no actuáis de forma idéntica con Dios? ¿Qué os falta para decidimos a poner a Dios por delante de todos los demás bienes que poseéis o deseáis?

El descubridor de tesoros, lo mismo que el traficante de perlas, se encontraron inopinadamente con algo que no esperaban, pero no esperaron para hacerse dueños de semejante bien. No quisieron perder mas tiempo y tuvieron que perder sus bienes; supieron que sólo vendiendo cuanto tenían podían obtenerlo; para hacerse propietarios del Bien recién descubierto, debieron enajenar todo cuanto tenían. Porque sabían que lo que habían descubierto era mayor, y mejor, de cuanto poseían, pudieron reaccionar con rapidez; su desprendimiento fue total, porque todo lo que tenían apenas les bastaba para hacerse con el hallado tesoro.

Como la perla fina o el tesoro escondido, así es el reino de Dios: una vez encontrado, se encuentra la fuerza para poner todo en venta con tal de adquirirlo; una vez descubierto, se descubre que los bienes que se tienen no valen tanto, ni siquiera todos juntos, como vale él; una vez hallado, se halla el coraje para deshacerse de todo lo que nos impide hacernos con él.

Ahora bien, si el reino suscita semejante reacción en quien lo descubre, si Dios provoca tal desprendimiento en quien conoce dónde está, ¿qué pasa con nosotros? ¿Por qué seguimos aferrándonos a los bienes que tenemos, pequeños y escasos? ¿Por qué tememos tanto perder lo poco de que disponemos? ¿Por qué Dios y su reino no logran suscitar en nosotros esa reacción lógica, que un tesoro recién hallado suscita en su descubridor o la perla más valiosa en el buen comerciante? ¿No será que Dios y su reino no son ya para nosotros el tesoro más grande, el más valioso hallazgo?

Difícilmente tendremos la osadía de renunciar a algo que es bueno, si lo que encontramos no nos merece la pena: no afrontamos el riesgo de perder lo que hemos conseguido en la vida, si no estamos convencidos de haber dado con el bien de nuestras vidas. Y, por ello, nos cuesta tanto desprendernos de algo, aunque sea para no perder a Dios o como modo de encontrarle; amarrados como estamos a los bienes de la vida, nos cuesta Dios y ayuda encontrar a Dios; precisamente porque todavía Dios no es el bien más deseado, porque su reino es todavía un valor por descubrir, no arriesgamos nada por hacernos con ellos. Y seguimos así manteniendo bienes, sin descubrir que Dios es nuestro Bien; lo que tenemos nos impide tener a Dios y nos lleva a estimar cualquier cosa, persona o proyecto personal, como bienes que conservar.

Si Dios no ha creado en nosotros una irresistible atracción, si su reino no despierta en nuestros corazones capacidad alguna de renuncia, tendremos que conceder que todavía no lo hemos encontrado, que nos están escondidos. Y ello no debería sorprendernos demasiado: Jesús insistió en las dos parábolas precisamente en la naturaleza escondida de Dios y su reino; como el tesoro aún no hallado o la perla no apreciada en su valor, Dios está ahí esperando que llegue quien sepa reconocerle, al alcance de quien se tope con él. Jesús quiso confirmar a sus oyentes que el reino de Dios no está a la vista de todos ni al alcance de sus manos; se esconde a la mirada de la mayoría y se protege de sus deseos.

Pero, por escondido que esté allí donde estamos, no nos permanece lejano. Puede ser encontrado, pues está, como el tesoro o la piedra preciosa, anhelando ser desvelado, pidiendo ser descubierto. Y da un criterio para discernir su invención: sabe dónde Dios está, quien está dispuesto a entregar todo a cambio. Quien lo encuentra puede desprenderse de todo cuanto tenga, con tal de obtenerlo: la renuncia más radical es soportable, si es el precio necesario para dar con el reino. Si se trata de ganar a Dios, ¿qué podrán importarnos los demás bienes?. Si se pretende quedarse con Dios, ¿cómo no poner en juego todo lo demás, por apreciable y bueno que sea?

Desconoce, pues, el paradero de su Dios, quien no conoce sus fuerzas y no se siente capaz de enajenar nada que le sea propio. Nadie, en su sano juicio, que no haya encontrado nada mejor se desprende de los bienes que ya tiene; no encontrar las ganas para deshacerse de lo que no es Dios en nuestras vidas, supone no haber encontrado todavía a Dios. Nosotros, cristianos de siempre, podemos estar perdiéndonos a Dios porque le estimamos menos que a los bienes que tenemos, porque no sabemos renunciar a nada por Él, porque renunciamos casi siempre a El antes que a cualquier cosa. Quien no se siente obligado a liberarse de todas las posesiones, todavía no se ha topado con ese tesoro que es el reino.

La pregunta que Jesús dirige a sus discípulos sigue siendo actual: el gozo de quien pierde todo es posible sólo a quien conoce la alegría de ganar a Dios y su reino. Dios no impone la renuncia como meta, pero exige como condición previa; y es así como nos obliga a valorarlo, a estimarlo sobre todas las cosas: ¡para nada valdría un Dios cuyo descubrimiento nos nada costara!; ¡en bien poco se valoraría Dios, si para hacernos con El no nos impusiera abandonar lo que queremos!. Si Dios no nos merece ningún esfuerzo, si por Él no sacrificamos nada, ni cualquier bien vale más que El, es que no lo tenemos aún como Bien Supremo. De nada nos valdrá lo que somos y tenemos, por buenos que seamos y bienes que tengamos, si, a la postre, nos quedamos sin Dios hoy y mañana, sin su reino.